



ACADEMIA NACIONAL DE LETRAS

En Montevideo, a los 2 días del mes de agosto de dos mil diecisiete, siendo la hora 17:05 se reúne el plenario de la Academia Nacional de Letras en sesión ordinaria de comunicación de ponencias con la asistencia de los siguientes señores académicos: D. Jorge Arbeleche que lo preside, D. Jorge Bolani, D. Hugo Burel, Da. Magdalena Coll, D. Rafael Courtoisie, D. Carlos Jones, D. Ricardo Pallares, D. Gabriel Peluffo, D. Wilfredo Penco, Da. Gladys Valetta, Da. Beatriz Vegh y Da. Marisa Malcuori en Secretaría con la asistencia de la Sra. Jimena Hernández.

Falta con aviso: D. Adolfo Elizaincín, Da. Virginia Bertolotti, D. Juan Grompone, D. Gerardo Caetano, Da. Angelita Parodi y D. Óscar Sarlo.

Falta sin aviso: D. José María Obaldía.

En esta oportunidad el académico Ricardo Pallares expone sobre *Felisberto Hernández en el Volumen 200 de los Clásicos Uruguayos*.

Agradezco a todos la presencia en este plenario “de ponencias”, hoy con motivo de la reciente publicación del libro Nadie encendía las lámparas de Felisberto Hernández en la colección de referencia.

Hernández llega tarde a los “Clásicos” pero llega, y sin conflicto. Hubo que esperar que su obra pasara al dominio público. En este punto hago acuerdo con el colega académico Wilfredo Penco, director de la colección, -quien me encomendó la tarea de prologar y revisar el texto- y también coincido con la elección del libro porque quizá se trate de la obra más representativa del autor. O una de las más caracterizadoras.

Recuerdo un episodio del año 1971 cuando fui a dar una conferencia en la sala de actos del Centro de Asistencia del Sindicato Médico y antes del comienzo, con el público presente, debí sobrellevar la interpelación de una de sus descendientes acerca de qué cosas diría yo de su padre, si le faltaría el respeto y sobre qué tema hablaría. Por entonces los profesionales, los médicos y los escribanos por ejemplo, tenían intensas actividades culturales. No solo en sus sedes sociales sino como público, visitantes de exposiciones y partícipes de eventos varios. Sigue ocurriendo pero no con los rasgos de colectivo o agrupación

Lo cierto fue que, a la sazón, hablaría de “F.H. y las pastillas para adelgazar” -por estar en casa de médicos- aludiendo a lo subjetivo de su prosa, a la autoremisión a través del yo narrador protagonista sin que la ficcionalidad decaiga en sus historias.

Mis consideraciones al respecto se apoyaron en una anécdota de la Dra. Esther de Cáceres relativa a un episodio de la vida privada del autor, en el que ella había participado como médica, le había recomendando a su cuarta esposa que le diera un medicamento en pastillas, indicado para cortar el apetito. (La esposa interesada en el asunto, cansada de hacer quilos de papas fritas tuvo la mala ocurrencia de decirle que las pastillas abrían y mejoraban el apetito para evitar alguna posible resistencia).

Pero el autor como el narrador-protagonista, centrados en sí mismos, tenían todos los recursos necesarios para resignificar las palabras, las cosas, los hechos y sus efectos.

La máquina de narrar en Hernández o los dispositivos para montar con laxitud las historias, los procesos del recuerdo, de la escritura y de sus derivas se pueden alternar en el desarrollo de la historia. A veces alternan con el humorismo, con la recreación del habla rioplatense de por



ACADEMIA NACIONAL DE LETRAS

entonces, las imágenes poéticas, el azar, las enumeraciones heterogéneas, la obsesión del trabajo, la comida, el alojamiento, las giras de conciertos y la tómbola de las recomendaciones y eventuales posibilidades de editar sus textos. De la misma forma el autor-personaje de sí mismo, pudo conmutar el efecto de una medicina.

Y referí entonces cómo era posible, en quien tenía tanta sensibilidad como talento y exploración de sí mismo, tanto apetito como conocimiento de los mecanismos del recuerdo, del psiquismo, de sus sentimientos, de los sueños y del misterio de las cosas, cómo era posible, digo, reconvertir un efecto, rehacer (reescribir) una situación.

El cambio cultural hace lo suyo y reconfigura muchas cosas, es cierto, pero no es este el momento para tratar el tema; hoy importa dejar constancia de que bien valió la pena esperar este largo tiempo para ingresar a Hernández a la colección uruguaya más legitimadora.

La reunión de diez cuentos de Nadie encendía las lámparas tiene los que son sus grandes temas y exhibe la plenitud de su instrumento narrativo. Asimismo plantea e insinúa otros asuntos que habrían de encontrar posterior desarrollo como el de las “tierras de la memoria”, la historia del pianista ejecutante, el doble, la disociación, la deriva de pulsiones oscuras, la autonomía de las partes del cuerpo, los personajes señalados por marcas extraordinarias -pedestres o maníacos-, los hechos irreductibles para la razón narrativa, el erotismo sugerido y de intención, etcétera.

Esta reedición fue la oportunidad para ajustar en los textos cierta heterogeneidad inconducente que hay en las ediciones anteriores en el registro de expresiones que, desde la edición bonaerense de Editorial Sudamericana de 1947, se ha repetido con variantes. Desde entonces aparecían palabras y expresiones con y sin comillas, en cursiva y sin ella, con comillas y mayúsculas innecesarias o sin ellas.

Por esta razón se quitaron las comillas o la cursiva a expresiones propias del habla rioplatense cuando están dentro de un parlamento cuyo comienzo se señala con el guion correspondiente. Y se dejaron las cursivas cuando el autor las utilizó.

Se trataba de la oportunidad para una “normalización” que no interviniera los textos ni alterara lo dicho ni los contenidos sino que evitara probables inconsecuencias en el diseño textual y en los aspectos gráficos de los textos que seguramente molestaban a la lectura. A esto se agregaban unas pocas carencias de guiones introductores de parlamento, otras pocas ocasiones en que un parlamento no se iniciaba a renglón siguiente sino que continuaba a un enunciado narrativo o descriptivo.

A estos pequeños cambios también los aconsejaban los originales en los que por lo común cada parlamento empieza con un párrafo. Otras veces se trató de disponer un espacio en blanco entre párrafos cuyos contenidos y desarrollo lo hacen evidentemente necesario, y que están en los originales examinados con la colaboración de Walter Diconca, presidente de la Fundación Felisberto Hernández. También se colocaron una coma que faltaba, entre corchetes, unos pocos tildes y se quitó otro innecesario.

En el Río de la Plata F. Hernández tuvo rasgos de precursor del “prosaísmo” que luego crearon Mario Benedetti y Juan Gelman. En nuestra opinión es de destacar el traslado de la oralidad a la escritura que Hernández hace en su prosa narrativa.



ACADEMIA NACIONAL DE LETRAS

No solo por estas razones se mantuvieron las palabras y expresiones del habla como “boyón”, “traspíés”, “cuerpecito”, “los tironeos”, sino también por ciertos rasgos de idiosincrasia.

Por lo demás nos remitimos a la página “Criterio de la edición”.

Luego del prólogo titulado “Las lámparas de la ficción” aparece una breve silueta del autor y su bibliografía en la que evitamos ciertos arrastres del imaginario entorno a Felisberto Hernández. Para ello, por ejemplo, a contrapelo de la pretendida bohemia extrema, destacamos otros aspectos como su denodado y sostenido esfuerzo para trabajar en las más diversas tareas y condiciones, la autonomía de sus relatos con relación a lo biográfico, la desvinculación de sus creaciones verbales del psicologismo interpretativo-explicativo, su condición de pianista que coexiste y luego declina progresivamente con la de escritor, esta última la más destacada y rica.

Creo que Hernández fue, sin proponérselo, uno de los precursores de la renovación de la prosa narrativa del Continente. El testimonio del efecto de sus textos en los lectores del Grupo de Barranquilla, así lo corrobora. Entre ellos se hallaban Carlos Fuentes, Juan Rulfo, Julio Cortázar, G. García Márquez y A. Cepeda Samudio, tal como en su momento lo señaló N. Giraldi, nuestra Correspondiente en Francia.

Los asuntos del onirismo, la alogicidad, la temporalidad no lineal e intersubjetiva, la promoción de la cotidianidad, un panerotismo asociado a la lujuria del mirar, lo raro y los fantástico que no sale de las fronteras del realismo serán temas y rasgos comunes en el corpus del llamado “boom latinoamericano”.

Agradezco nuevamente la asistencia y la atención e interés demostrado.

Seguidamente el académico Wilfredo Penco agradece la exposición del académico Pallares y el trabajo que llevó adelante. De alguna manera, dice, se cumple un ciclo iniciado por la primera publicación en 1981, en el Instituto de Filosofía y Letras, cuya carátula realizó el hoy académico Hugo Burel. Tenía un título directamente relacionado con este tema: “F.H. y las lámparas que nadie encendió”.

Los académicos Courtoisie, Burel, Arbeleche y Coll participan en un intercambio de puntos de vista con relación a aspectos significativos de la vida del autor.

La sesión finaliza a la hora 17:50.

Marisa Malcuori
Secretaria

Jorge Arbeleche
Primer Vicepresidente